

tonces se había contentado con mover la cabeza, sin quitar los ojos de su mujer, se lanzó á entusiastas consideraciones tocante al matrimonio. Iba á dar principio al relato de su felicidad, cuando Clorinda se levantó, hablando de otra visita que habían de hacer. Y, como Rougón les acompañaba, ella le con- tuvo, dejando pasar delante á su marido.

—Ya le dije á usted—le susurró al oído,—que dentro del año quedaría usted casado.

VI

Llegó el verano. Rougón vivía en completa tranquilidad. La señora de Rougón, en el espacio de tres meses había llevado la severidad á la casa de la calle de Marbeuf, en donde reinaba en otro tiempo un ambiente de aventuras. Ahora las habitaciones, un tanto frías, pero muy aseadas, trascendían á la vida honrada; los muebles se hallaban metódicamente colocados, las cortinas no dejaban pasar sino resquicios de claridad, las alfombras apagaban los ruidos; todo producía allí la austeridad casi religiosa de un salón de convento; hasta parecía que aquellas cosas databan de otras edades, que se encontraba en una antigua morada rebosante de perfume patriarcal. Aquella alta mujer, fea, que ejercía vigilancia continua, agregaba á aquel recogimiento la suavidad de su silencioso andar; y llevaba el manejo de la casa con tan discreta mano y tan sin esfuerzo, que parecía haber envejecido en aquel sitio, en veinte años de matrimonio.

Rougón se sonreía cuando se le felicitaba, obs-

tinándose en decir que se había casado cediendo á los consejos y á la elección de los amigos. Su mujer le embelesaba. Mucho tiempo hacía que suspiraba por un hogar burgués, que fuese como una prueba material de su probidad. Esto acababa de sustraerle á su sospechoso pasado, á clasificarle entre la gente honrada. Había permanecido siendo provincial, y conservado como ideal ciertos salones de Plassans, cuyos sillones se veían durante todo el año con sus fundas de tela blanca. Cuando iba á casa de Delestang, en donde Clorinda ostentaba por genialidad un lujo extravagante, demostraba su desprecio encogiéndose ligeramente de hombros. Nada le parecía más ridículo que arrojar la casa por la ventana; no, ciertamente, porque fuese avaro, así era que repetía á cada instante que conocía goces preferibles á los que se compran con dinero. Por este motivo había depositado en su mujer el cuidado y administración de su común hacienda. Hasta allí había vivido sin hacer números; mas ella desde entonces administró el dinero con la religiosa exactitud que ya empleaba en el manejo de la casa.

Durante los primeros meses Rougón vivió retirado, recogiéndose en sí mismo y preparándose para las luchas que soñaba. Para él, semejante conducta se cifraba tan sólo en el amor al poder por el poder mismo, desprovisto de apetitos de vanidad, de riquezas, de honores. De crasa ignorancia, de verdadera medianía en todas las cosas que no se relacionasen con el manejo de los hombres, convertíase en

hombre verdaderamente superior, tan sólo por su necesidad de dominio. Para esto encarecía sus esfuerzos, idolatraba su inteligencia. Sentíase por encima de la multitud, en donde tan sólo veía imbéciles y granujas, conducir el mundo á garrotazos, esto desarrollaba, en la espesura de su carne, un espíritu sagaz, de extraordinaria energía. En nadie creía más que en él, tenía convicciones como se tienen argumentos, y lo subordinaba todo al engrandecimiento incesante de su personalidad. Sin el menor vicio, hacía en secreto orgías de omnímodo poder. Si había heredado los anchos hombros de su padre, lo vigoroso de la fisonomía de su madre, de aquella terrible Felicitas que gobernaba á Plassans, había al propio tiempo heredado una llamarada de voluntad, una pasión por la fuerza, desdeñosa de los mezquinos medios y de las insignificantes alegrías; él era seguramente, el más grande de los Rougón.

Cuando se encontró por tal manera solo, sin ocupaciones, después de tantos años de vida activa, empezó por experimentar un delicioso sentimiento de sueño. Desde las turbulentas jornadas de 1851 parecióle que no había dormido. Aceptaba su desgracia como una licencia en recompensa de dilatados servicios. Pensaba pasar seis meses alejado de todo, el tiempo necesario para elegir mejor terreno, para volver cuando bien le pareciera á la gran batalla. Mas transcurridas algunas semanas, cansado se hallaba ya de reposo. Jamás había abrigado conciencia tan clara de su poder; **ahora, que no les daba em-**

pleo, su cabeza y sus miembros le estorbaban; y pasaba días y días yendo de acá para allá en su estrecho jardín, con formidables bostezos, semejante á uno de esos leones enjaulados, que estiran con toda su fuerza los entumecidos miembros. Entonces empezó para él una aborrecible existencia, cuyo aplastante fastidio ocultó con el mayor cuidado; echábala de campechano y decía que se daba por muy satisfecho no perteneciendo á aquel «fangal»; tan sólo los pesados párpados se alzaban de tarde en tarde, espiaba los acontecimientos y volvía á dejarlos caer sobre la llama de sus ojos, tan luego como se le miraba. Lo que le mantuvo enhiesto fué la impopularidad sobre que se sentía marchar. Su caída había llenado de júbilo á mucha gente. No pasaba día sin que algún periódico le atacase; personificábanse en él el golpe de Estado, las proscripciones, todas aquellas violencias de que se hablaba á cerros tapados; llegábase hasta á felicitar al emperador por haberse separado de un servidor que le comprometía. En las Tullerías la hostilidad era mayor aun; Marsy, triunfante, le acribillaba con dichos agudos, que las damas esparcían por los salones. Aquella inquina le daba alientos y le hundía más y más en su desprecio hacia el rebaño humano. Se le detestaba, mas no se le echaba en olvido, y esto le parecía del mejor augurio. El solo contra todos, era el sueño que acariciaba; él solo, látigo en mano, teniéndolos á todos en el debido respeto.

Embriagóse con las injurias y se hizo más grande, en el orgullo de su soledad.

Entretanto, la ociosidad enervaba por modo terrible sus músculos de acero. A haberse atrevido hasta habría cogido una azada para cavar un rincón de su jardín. Empezó un largo trabajo, el estudio comparado de la constitución inglesa y de la constitución imperial de 1852; tratábase, teniendo en consideración la historia y las costumbres políticas de ambos pueblos, de probar que la libertad era tan grande en Francia como en Inglaterra. Después, cuando hubo reunido los documentos necesarios, cuando el legajo quedó completo, tuvo que hacer un esfuerzo considerable para tomar la pluma; de buen grado habría defendido el asunto ante la Cámara; pero redactarlo, escribir una obra, limando el estilo y rebuscando las frases, parecía tarea de dificultad enorme, sin utilidad inmediata. El estilo le había sido siempre trabajoso; por lo tanto, lo desdénaba en gran manera. No pasó de la décima página. Por lo demás, dejó rodar sobre el bufete el manuscrito comenzado, sin que agregase ni veinte líneas por semana. Siempre que se le hacían preguntas sobre sus ocupaciones, contestaba explicando su idea con toda extensión y dando á la obra un alcance inmenso. Era la excusa tras de la cual ocultaba la vergonzosa vida de sus jornadas.

Los meses transcurrían y se sonreía con más sereno candor. Ni una sola de las desesperaciones que ahogaba, le subían al rostro. Acogía las quejas de

sus amigos íntimos con razonamientos que demostraban su perfecta felicidad. ¿No era acaso feliz? Tenía pasión por el estudio, trabajaba cuanto le venía en gana; preferible era aquéllo á la febril agitación de los asuntos públicos. Ya que el emperador no le necesitaba, hacía santamente en dejarle tranquilo en su rincón; y no nombraba al emperador sino con profunda abnegación y desinterés. Con frecuencia, sin embargo, se le escapaba decir que se hallaba dispuesto y apercebido, esperando tan sólo una señal de su amo para volverse á encargar del peso del poder; pero añadía que él no intentaría un solo paso para provocar la señal. En efecto parecía hacer un estudio especial para mantenerse apartado. En el silencio de los primeros años del imperio, en medio de aquel extraño estupor compuesto de temor y de cansancio, oía alzarse un sordo despertar. Y, como esperanza suprema, contaba con alguna catástrofe que de repente le hiciese necesario. Era el hombre de las situaciones graves, «el hombre de las manazas», según decía el señor de Marsy.

Los jueves y los domingos, la casa de la calle de Marbeuf se abría para los íntimos. Acudíase á hablar al gran salón rojo, hasta las diez y media, hora en que Rougón ponía despiadadamente á sus amigos en la puerta de la calle; decía que las largas veladas embotan los sentidos. La señora de Rougón, á las diez en punto, servía en persona el té, cual dueña de casa atenta á los menores detalles. No

había más que dos bandejas de bizcochos, á las cuales nadie tocaba.

El jueves del mes de julio que siguió aquel año á las elecciones generales, todos los amigos se encontraban reunidos en el salón desde las ocho. Las señoras de Bouchard, de Charbonnel, madama Coireur, sentadas junto á una ventana abierta, para respirar las escasas bocanadas de aire que venían del estrecho jardín, formaban un círculo, en cuyo centro el señor d'Escorailles refería sus travesuras de Plassans, cuando iba á pasar doce horas en Mónaco, pretextando una partida de caza en la posesión de un amigo. La señora de Rougón, vestida de negro, medio oculta tras de una cortina, no prestaba atención, se levantaba sin hacer el menor ruido y desaparecía enteros cuartos de hora. Hallábase asimismo con las damas el señor Charbonnel, sentado al borde de un sillón, con tanta boca abierta al escuchar á un joven de las altas prendas de d'Escorailles referir tamañas aventuras. En el fondo de la estancia hallábase Clorinda en pie, prestando escaso oído á una conversación sobre cosechas, sostenida entre su esposo y el señor Béjuin. Vestida con un traje de seda cruda, muy recargado con lazos color de paja, daba golpecitos con el abanico en la palma de su mano izquierda, mirando atentamente el globo encendido de la única lámpara que iluminaba el salón. En una mesa de juego, á la amarilla claridad, el coronel y el señor Bouchard jugaban al *piquet*, mientras que Rougón, en un án-

gulo del tapete verde, echaba suertes, alzando las cartas con ademán grave y metódico, sin darse punto de reposo. En los jueves y domingos, era aquélla su diversión favorita, la ocupación que daba á sus dedos y á su imaginación.

—¿Qué tal? ¿sale eso bien?—preguntó Clorinda, quien se acercó sonriendo.

—Siempre sale bien—contestó Rougón tranquilamente.

La joven se mantenía delante de él, al otro lado de la mesa, en tanto que él disponía el juego en ocho montones.

Así que hubo retirado todas las cartas, de dos en dos, Clorinda repuso:

—Tiene usted razón, sale bien... ¿En qué había usted pensado?

Pero Rougón alzó lentamente los ojos, como admirado por la pregunta.

—En el tiempo que reinará mañana—concluyó por decir.

Y se puso á extender de nuevo las cartas. Delestang y el señor Béjuin habían dejado de hablar. Oíase tan sólo en el salón la argentina risa de la señora de Bouchard. Clorinda se acercó á una ventana y permaneció allí unos instantes contemplando la noche que se venía encima. Después, sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Se tienen noticias del pobre señor Kahn?

—He recibido una carta—contestó Rougón.—Le espero esta noche.

Hablóse entonces del desagradable accidente acaecido al señor Kahn. Durante la última sesión, había tenido la imprudencia de criticar con sobrado ímpetu un proyecto de ley sometido por el gobierno; el tal proyecto de ley, que creaba en un departamento inmediato al suyo una competencia temible, amenazaba con arruinar sus altos hornos de Bressuire. No creía, sin embargo, haber traspasado los límites de una legítima defensa, cuando he aquí que á su regreso á los Deux-Sèvres á donde había ido para cuidar de su elección, supo, de labios del mismo prefecto, que ya no era candidato oficial; dejaba de ser grato, y el ministro acababa de designar á un abogado de Niort, hombre de reconocida mediocridad. Fué aquél un accidente tan imprevisto como desgraciado.

Rougón iba dando detalles, cuando el señor Kahn entró, seguido por Du Poizat. Ambos habían llegado en el tren de las siete, y sólo se habían tomado el tiempo indispensable para comer.

—Y bien, ¿qué les parece á ustedes?—dijo el señor Kahn en mitad del salón, mientras que se acercaban solícitos á su alrededor.—Heme aquí ahora convertido en revolucionario.

Du Poizat, molido de cansancio, se había dejado caer en un sillón.

—¡Linda campaña!—exclamó.—¡Lindo lodazal! ¡Hay para producir náuseas á toda la gente honrada!

Mas fué preciso que el señor Kahn contase la cosa con todos sus pelos y señales. Decía que cuan-

do hubo llegado allí, había notado cierto encogimiento en casa de sus mejores amigos. En cuanto al prefecto, el señor de Langlade, hombre era de costumbres disolutas, á quien acusaba de estar á partir piñones con la mujer del abogado de Niort, el nuevo diputado. Y, sin embargo, este Langlade fué quien le participó su desgracia por modo amabilísimo, fumándose un cigarro, á los postres de un almuerzo dado en la prefectura. Y relató la conversación de cabo á rabo. Lo peor del caso era que se estaban ya imprimiendo sus carteles y sus papeletas. En los primeros instantes ahogábale la cólera hasta tal punto, que quería presentarse, á pesar de todo.

—¡Ah! si no nos hubiese usted escrito—dijo Du Poizat volviéndose hacia Rougón,—¡no habría sido poco sonada la lección que habríamos dado al gobierno!

Rougón se encogió de hombros, y contestó con displicencia, en tanto que barajaba las cartas:

—Habría usted naufragado, quedándose comprometido para siempre. ¡Valiente ventaja!

—¡No sé de qué madera está usted formado!—exclamó Du Poizat, poniéndose de súbito en pie, con furibundo gesto.—Por mi parte declaro que le Marsy empieza á calentarme las orejas. A usted es á quien ha querido alcanzar al herir á nuestro amigo Kahn... ¿Ha leído usted las circulares del tal personaje? ¡Ah! ¡bien limpias resultan sus elecciones! las ha hecho á fuerza de frases... ¡No se ría us-

ted! Si usted hubiese estado en el Interior, habría usted dirigido el tinglado con mayor amplitud de miras, y otro gallo nos habría cantado á todos.

Mas como Rougón continuase sonriendo al mirarle, añadió con más violencia:

—Nos hallábamos allí y lo hemos visto todo... Ha habido un desventurado joven, un antiguo discípulo mío, que ha tenido la osadía de presentar una candidatura republicana. No puede usted formarse una idea del modo como se le ha acosado. El prefecto, los alcaldes, los gendarmes, toda la gartería ha caído sobre él; hacíanse añicos sus carteles, arrojaban sus papeletas á los fosos y se echaba el guante á los pobres diablos encargados de distribuir sus circulares; hasta su tía, digna mujer á pesar de todo, le ha hecho rogar que no vuelva á poner los pies en su casa, por temor de que la comprometa. ¡Pues y los periódicos! hasta le han tratado de bandido. Las buenas mujeres se persignan, cuando pasa por un pueblo.

Respiró ruidosamente, y, dejándose caer de nuevo en un sillón, repuso:

—No importa: si Marsy ha obtenido mayoría en todos los departamentos, París no ha dejado por eso de nombrar cinco diputados de oposición... Esto es el despertar. Que el emperador deje el poder en manos de ese boquirrubio de ministro y de esos prefectos de alcoba, quienes, para acostarse sosegadamente con sus mujeres envían á sus maridos á la Cámara: de aquí á cinco años, el imperio, con

UNIVERSIDAD DE MONTPELLIER
BIBLIOTECA UNIVERSITAIRE
ALFONSO DE MONTPELLIER
Apt. 1225 MONTPELLIER

movido, amenazará ruina. Por lo que á mí toca, estoy contentísimo de las elecciones de París. Tengo para mí que nos vengan.

—Pero, ¿y si hubiese usted sido prefecto?...—preguntó Rougón con apacible acento, con tan sutil ironía, que apenas llegaba á contraer las comisuras de sus gruesos labios.

Du Poizat enseñó sus blancos y mal avenidos dientes. Sus raquíuticos puños de niño enfermo apretaban los brazos de la butaca, como si hubiese querido retorcerlos.

—¡Oh!—murmuró.—Si hubiese sido prefecto...

Mas no dió fin; se recostó sobre el respaldo, diciendo:

—No, al fin y á la postre esto da asco... Por lo demás, yo siempre he sido republicano.

Entretanto, delante de la ventana, las señoras guardaban silencio, con el rostro vuelto al interior del salón, para escuchar; mientras que el señor d'Escorailles, con un ancho abanico en la mano, y sin decir esta boca es mía, abanicaba á la linda señora de Bouchard, lánguida en extremo y con las mejillas húmedas por las tibias emanaciones del jardín. El coronel y el señor Bouchard, que acababan de empezar otra partida, cesaban de jugar á intervalos, aprobando ó desaprobando lo que se decía con un movimiento de cabeza. En torno á Rougón se había formado un ancho círculo de butacas: Clorinda, atenta, con la barba apoyada en la mano, no arriesgaba el menor gesto: Delestang sonreía contemplando á

su mujer, con la mente ocupada con algún tierno recuerdo; el señor Béjuin, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba sucesivamente á damas y caballeros, con azorado gesto. La repentina entrada de Du Poizat y del señor Kahn, había desencadenado, en la gran quietud del salón, toda una tempestad; parecía que habían traído con ellos, entre los pliegues de sus ropas, un ambiente de oposición.

—En fin, yo seguí el consejo de usted, y me retiré—repuso el señor Kahn.—Habíase me prevenido que habría de ser tratado aún con más rudeza que el candidato republicano, á mí, que he servido al imperio con tanto interés y abnegación. Confiesen ustedes que tamaña ingratitud es para desanimar y dar al traste con los espíritus más bien templados.

Y quejábese amenazante de un sin fin de vejaciones. Había querido fundar un periódico, para sostener su proyecto de un ferrocarril de Niort á Angers; más adelante, el tal periódico había de convertirse en sus manos en poderosísima palanca financiera; pero acababan de negarle la autorización, porque el señor de Marsy se había imaginado que Rougón se ocultaba tras él, y que se trataba de una publicación de pelea, destinada á combatir abiertamente su cartera.

—¡Pardiez!—dijo Poizat.—Tienen miedo de que se acabe por escribir la verdad. ¡Ah! ¡qué de sabrosos artículos le habría á usted proporcionado!... Es un baldón el tener una prensa como la nuestra,

amordazada y con la amenaza de verse estrangulada al primer grito. Uno de mis amigos, que publica una novela, ha sido citado al ministerio, en donde un jefe de negociado le ha rogado que se sirva cambiar el color del chaleco de su héroe, porque el tal color desagradaba al ministro. No es que yo invente nada.

Citó otros hechos, habló de leyendas espeluznantes que circulaban por el pueblo, del suicidio de una joven actriz y de un pariente del emperador, del supuesto duelo de dos generales, de los cuales el uno había matado al otro, nada menos que en un corredor de las Tullerías, á consecuencia de una historia de robo. Acaso semejantes patrañas, habrían hallado eco si la prensa hubiese podido hablar libremente? Y repitió, como conclusión:

—Resueltamente, yo soy republicano.

—Pues es usted feliz—murmuró el señor Kahn;—yo no sé ya lo que soy.

Rougón, encogiendo sus anchos hombros, había dado principio á una suerte muy delicada. Tratábase, después de haber distribuído las cartas tres veces, en siete montones, luego en cinco y después en tres, de llegar á que todas las cartas, una vez vueltas, los ocho bastos se encontrasen juntos. Parecía absorto en tal medida, que no oía nada, á pesar de que sus pabellones acústicos experimentasen ligeros estremecimientos cuando se echaban á volar ciertas palabras.

—El régimen parlamentario ofrece serias garan-

tías—dijo el coronel.—¡Ah! si los príncipes volvieran!

El coronel Jobelin era orleanista, en sus momentos de oposición. Contaba á cuantos querían oírle el combate del desfiladero de Mouzia, en donde había hecho sus primeras armas, junto al duque de Aumale, á la sazón capitán del cuarto de línea.

—Se era muy feliz en el reinado de Luis Felipe—prosiguió, viendo el silencio que acogía sus añoranzas.—Si tuviésemos un gabinete responsable, ¿creen ustedes que nuestro amigo no se hallaría al frente del Estado antes de seis meses? Muy pronto contaríamos con un orador más.

Pero el señor Bouchard daba señales de impaciencia. El se tenía por legitimista. Su abuelo, en aquellos tiempos, había figurado en la corte. Así era que, todas las noches, cruzábanse contiendas terribles entre él y su primo sobre política.

—¡Quite usted allá!—murmuraba.—Vuestra monarquía de julio vivió siempre de expedientes. No hay más que un príncipe, bien lo sabe usted.

Entonces se pusieron cual no digan dueñas. Hacían tabla rasa del imperio, y cada uno establecía el gobierno de su elección. Por ventura los orleanes ¿habían en su vida escatimado una condecoración á un veterano? Acaso los reyes legítimos, ¿habrían cometido desafueros, como á cada triquitraque se ven en las oficinas? Cuando llegaron á tratarse sor-damente de imbéciles, el coronel, tomando hecho una furia las cartas:

—¡Déjeme usted en paz! ¿lo oye usted, Bouchard? Tengo los cuatro ases y una sota. ¿Le está á usted bien?

Delestang, despertando de su ensimismamiento por la disputa, creyó de su deber defender el imperio. ¡Cuerpo de tal! no era que el imperio le hiciese feliz, ni poco ni mucho. El habría deseado un gobierno más radicalmente humano. Y trató de explicar sus aspiraciones, que se extendían á una concepción socialista muy complicada, á saber, la extinción del pauperismo, la asociación de todos los trabajadores, algo así como su granja modelo de la Chamade, en grandes proporciones. Du Poizat decía de ordinario que el marido de Clorinda había frecuentado más de la cuenta su trato con los animales. Mientras que Delestang hablaba moviendo su soberbia cabeza de personaje oficial; su esposa le contemplaba con ligero mohín de los labios.

—Sí, soy bonapartista—dijo una y otra vez.—Soy, si no lo llevan ustedes á mal, bonapartista liberal.

—¿Y usted, Béjuin?—preguntó bruscamente el señor Kahn.

—Pues yo también—contestó el interpelado, con la boca entorpecida por sus interminables silencios;—es decir, hay ciertos matices, en realidad... Por último, soy bonapartista.

Du Poizat soltó una carcajada.

—¡Pardiez!—exclamó.

Y, como se le instase para que se explicara, prosiguió, sin rebozo:

—Son ustedes de lo que no hay. ¡Es claro! A ustedes no se les ha dado el pasaporte. Delestang continúa en el Consejo de Estado. Béjuin acaba de ser reelegido.

—Esto ha venido naturalmente—interrumpió éste.—Es el prefecto del Cher...

—¡Oh! usted no ha tenido la menor parte, y yo no le acuso. Ya estamos al tanto de cómo suceden las cosas... Combelot también ha sido reelegido, y La Rouquette del mismo consiguiente. El imperio no tiene rival.

El señor d'Escorailles, que seguía abanicando á la linda señora de Bouchard, quiso intervenir. El defendía el imperio bajo otro punto de vista; había aliado á él porque parecía que el emperador tenía una gran misión que cumplir; el bien de la patria antes que todo.

—Usted ha conservado su destino de auditor, ¿no es así?—repuso Du Poizat alzando la voz;—pues bien, las opiniones de usted son conocidas... ¡Qué demontre! Parece que lo que estoy diciendo os escandaliza á todos. No obstante, la cosa es muy sencilla. Ni Kahn ni yo estamos ya pagados para volvernos ciegos, y tan amigos como antes.

Y se atufaron. Aquel modo de considerar la política era, á todas luces, abominable. Algo más había en la política que intereses personales. El mismo coronel y el señor Bouchard, aun cuando no fuesen bonapartistas, confesaban que podían existir bonapartistas de buena fe; y hablaban de sus pro-

pias convicciones con gran acrecentamiento de calor, como si se hubiese querido arrancárselas á viva fuerza. En cuanto á Delestang, dábase por muy ofendido; repetía que no se le había comprendido é indicaba cuáles eran los importantes puntos de vista que le alejaban de los ciegos partidarios del imperio; lo que le arrastró á nuevas explicaciones sobre los desenvolvimientos democráticos de que el gobierno del emperador le parecía susceptible. Tampoco el señor Béjuin, por otra parte, y no mucho más que el señor d'Escoiralles, aceptaran el ser bonapartistas á secas; establecían matices enormes, se aferraban unos y otros en opiniones particulares, difíciles de definir; tanto y tan bien que al cabo de diez minutos la sociedad en masa había pasado á la oposición. Alzábanse las voces, entablábanse discusiones parciales; las palabras de legitimistas, de orleanistas, de republicanos volaban en medio de las profesiones de fe veinte veces repetidas. La señora de Rougón apareció un instante, en el umbral de una puerta, con ademán de inquietud; después, sin el menor ruido, volvió á desaparecer.

Rougón entretanto acababa de terminar su juego de los bastos. Clorinda se inclinó para preguntarle en medio de aquel tumulto:

—¿Ha salido bien?

—Pues ya lo creo—contestó con tranquila sonrisa.

Y como tan sólo en aquel momento se hubiese dado cuenta de la algazara de las voces, agitó una mano y exclamó:

—¡Pues no mueven ustedes poco estrépito!

Y se callaron, en la creencia de que el gran hombre iba á hablar. Guardóse un gran silencio; todos más ó menos fatigados, esperaban. Rougón, con ligero movimiento, había extendido en la mesa un abanico de trece cartas. Las contó y dijo en medio del mayor recogimiento:

—Tres sotas, señal de disputa... Una noticia para la noche... Una mujer morena, de la que se habrá de desconfiar...

Pero Du Poizat, perdiendo los estribos, le atajó diciéndole:

—Y usted, Rougón, ¿qué es lo que piensa?

El grande hombre se recostó en el sillón y se puso á su comodidad, ahogando un bostezo. Alzaba la barba, como si el cuello le hubiera hecho mal.

—¡Oh! por lo que á mí toca—murmuró, con los ojos clavados en el techo—soy autoritario, bien les consta á ustedes. Se viene al mundo con estas ideas. No es una opinión, es una necesidad... Tengo para mí que, disputando de ese modo, resultan ustedes unos habiecas. En Francia, ya se sabe, en cuanto se reúnen cinco caballeros en un salón, hay otros tantos gobiernos á la vista. Esto no quita que todos sirvan al poder constituido. ¡Eh! ¿no es lo que digo? Todo se reduce á hablar.

Bajó la cabeza y dirigió una lenta mirada en torno suyo.

—Marsy ha dirigido al pelo las elecciones. Ha-

cen ustedes mal en reprobar sus circulares. La última, sobre todo, era de lo más contundente... En cuanto á la prensa, de demasiada libertad disfruta. ¿A dónde vendríamos á parar si cualquier hijo de vecino pudiese escribir cuanto se le antojare? Por lo demás, lo mismo que ha hecho Marsy, yo habría negado á Kahn el permiso para fundar un periódico. Siempre resulta inútil el proporcionar un arma á sus adversarios... Ténganlo ustedes entendido, los poderes que se ablandan son poderes perdidos. Francia pide una mano de hierro. Cuando se la aprieta un poco, no por eso anda más mal.

Deslestang quiso protestar, y dió principio á una frase:

—Sin embargo, hay cierto número de libertades necesarias...

Pero Clorinda le impuso silencio. Todo cuanto decía Rougón lo aprobaba con un exagerado movimiento de cabeza. Inclinábase para que el gran hombre la viese mejor, sumisa ante él, convencida. Por lo tanto, á ella fué á quien dirigió una mirada, exclamando:

—¡Ah! sí, las libertades necesarias, ya esperaba verlas venir!... Oíganme ustedes, si el emperador me consultara, jamás otorgaría la menor libertad.

Mas como Delestang de nuevo se agitara, su mujer hizo que se mantuviese tranquilo, con un terrible fruncimiento de sus hermosas cejas.

—¡Jamás!—repitió Rougón con energía.

Habíase levantado de su asiento, en actitud tan

formidable, que nadie llegó á chistar. Mas volvió á dejarse caer, como si sus miembros se aflojaran, diciendo por lo bajo:

—También á mí me hacéis gritar... Ahora soy un buen burgués, y nada más. No tengo para qué mezclarme en nada de eso, y estoy contentísimo. ¡Haga Dios que el emperador no vuelva á necesitarme!

En aquel instante abríase la puerta del salón. Rougón se llevó un dedo á los labios, para decir muy quedito:

—¡Chist!

Era el señor La Rouquette quien entraba. Rougón sospechaba que era enviado por su hermana, madama de Llorentz, para espiar lo que se decía en su casa. El señor de Marsy, aunque casado hacía apenas seis meses, acababa de reanudar sus relaciones con aquella dama, que había tenido por querida durante cerca de dos años. Por tanto, lo mismo fué llegar el joven diputado, que cesar toda conversación sobre política. El salón volvió á revestir su aspecto de discreción. Rougón fué en persona en busca de una gran pantalla, que colocó en la lámpara; y ya tan sólo se vieron, en el limitado círculo de claridad amarilla, las flacas manos del coronel y del señor Rouchard, que echaban con regularidad las cartas. Delante de la ventana, la señora de Charbonnel, á media voz, contaba sus cuitas á madama Correur, en tanto que el señor Charbonnel reforzaba cada detalle con un gran suspiro; pron-